

NATHANIEL HAWTHORNE

LA MUÑECA DE NIEVE
Y OTROS CUENTOS

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS
DE MARCELO COHEN

BARCELONA 2017



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *The Snow-Image, and Other Twice-Told Tales*

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© de la traducción, 2017 by Marcelo Cohen de Levis Chokler
© de esta edición, 2017 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de esta traducción:
Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-16748-27-3
DEPÓSITO LEGAL: B. 538-2017

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2017*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Prefacio, 7

La muñeca de nieve, 11

El gran rostro de piedra, 31

La calle Mayor, 55

Ethan Brand, 91

Biografía de una campana, 111

Sílfide Etherege, 119

Los peregrinos de Canterbury, 129

Noticias de ayer, 141

El hombre de piedra, 173

El demonio en el manuscrito, 183

John Inglefield y el día de Acción de Gracias, 193

La antigua Ticonderoga, 199

Las esposas de los muertos, 207

El gamoncillo, 215

Mi pariente, el mayor Molineux, 223

LA MUÑECA DE NIEVE

UN MILAGRO INFANTIL

Una fría tarde de invierno, cuando el sol brillaba con una luz glacial tras una larga tormenta, dos niños le pidieron a su madre que los dejase salir a jugar en la nieve recién caída. La mayor era una niña a quien, por su naturaleza tierna y modesta, y porque la consideraban muy linda, los padres y otros familiares solían llamar Violet. Al hermano, empero, le habían concedido el pedigrí y el título de Peony debido a una carita ancha, redonda y rubicunda que a todos les recordaba al sol y a las grandes flores escarlatas. Es importante decir que el padre de los dos niños, un tal señor Lindsey, era un hombre excelente pero demasiado práctico, comerciante de ferretería, y tenía la costumbre empedernida de mirar todo asunto que se presentase a su consideración con lo que él llamaba sentido común. Aunque de buen corazón como el que más, tenía la cabeza tan dura e impenetrable, y tal vez también vacía, como las cafeteras de hierro que, entre otros objetos, se dedicaba a vender. En el carácter de la madre, por otro lado, había una vena de poesía, un rasgo de belleza ultraterrena, una flor húmeda y delicada, por llamarlo de algún modo, que había sobrevivido desde su juventud imaginativa y seguía manteniéndose viva entre las realidades polvorientas del matrimonio y la maternidad.

De modo que, como iba diciendo, Violet y Peony le rogaron a su madre que los dejase salir a jugar en la nieve virgen; pues, si bien mientras caía lentamente del cielo gris parecía tan lúgubre y monótona, ahora el brillo del sol le daba un aspecto alegre. Los niños vivían en una ciudad y el único lugar donde jugar era un jardincito que estaba de-

lante de la casa, separado de la calle por una cerca blanca, en el que había un peral y dos o tres ciruelos que le daban sombra y unos rosales justo enfrente de las ventanas de la sala. Ahora, sin embargo, árboles y arbustos estaban deshojados y una fina capa de nieve envolvía las ramas, como una suerte de follaje invernal del que, como un fruto, colgaba uno que otro carámbano.

—Sí, Violet... Sí, mi pequeño Peony—dijo amablemente la madre—. Podéis salir a jugar en la nieve.

En consecuencia, la buena señora abrigó a sus retoños con chaquetas de lana y abrigos guateados, anudó bufandas a ambos cuellos, les puso polainas a rayas y manoplas de estameña y a cada uno le dio un beso como conjuro para ahuyentar al Hombre del Hielo. Los niños salieron dando brincos y en un santiamén estaban en el centro mismo de un montón, de donde Violet emergió como una bandera nevada y Peony con la cara redonda en todo su esplendor. ¡Y cómo se divertieron entonces! Mirándolos brincar en el jardín invernal habrían pensado ustedes que la tormenta oscura y despiadada no había tenido más propósito que brindar a Violet y Peony un juguete nuevo; y que ellos mismos habían sido creados, como las aves de invierno, sólo para deleitarse en la tormenta y en el manto blanco con que había cubierto la tierra.

Al fin, cuando se hubieron escarchado enteramente uno al otro con puñados de nieve, Violet, riendo a carcajadas del aspecto de su hermano, tuvo una nueva ocurrencia.

—Si no tuvieras las mejillas tan rojas, Peony—dijo—, parecerías un muñeco de nieve. ¡Lo cual me da una idea! Hagamos un muñeco, la figura de una niña, para que sea nuestra hermana y juegue con nosotros todo el invierno. ¿No te gustaría?

—¡Pues sí!—gritó Peony con toda la claridad que pudo, porque era muy pequeño—. ¡Será muy guapa! ¡Y mamá la verá!

—Sí—respondió Violet—. Mamá verá a la niña nueva. Pero no debe hacerla entrar en la sala, ¿sabes?, porque a nuestra hermana de nieve no va a gustarle el calor.

Y acto seguido emprendieron la gran tarea de hacer una muñeca de nieve que corriera por allí, mientras la madre, que desde su asiento junto a la ventana había oído la charla, no pudo reprimir una sonrisa ante la seriedad con que trabajaban. Al parecer imaginaban realmente que no les sería difícil crear con la nieve a una niñita viva. Y, a decir verdad, si alguna vez se llegan a hacer milagros, será poniendo manos a la obra con una disposición mental candorosa y entregada como la de Violet y Peony cuando acometieron su empresa sin idea alguna de qué era un milagro. Así pensó la madre, y también pensó que, de no ser tan fría, la nieve recién caída habría sido un material excelente para hacer criaturas nuevas. Se deleitó un rato más mirando a sus hijos: la niña, alta para su edad, graciosa y ágil, de un color tan delicado que, más que una realidad física, parecía un pensamiento alborozado; Peony, en cambio, más ancho que alto, se movía sobre sus piernas cortas y robustas, tan notorio como un elefante aunque no tan grande. Luego la madre retomó su labor; he olvidado qué era exactamente, pero debía de estar cortando un gorrito de seda para Violet, o zurciendo un par de calcetines para las piernitas de Peony. Sin embargo, no podía evitar volverse hacia la ventana una y otra vez, y muchas otras más, para ver cómo les iba a los niños con la muñeca de nieve.

¡Sin duda era un placer tremendo ver atarearse a esas almitas alegres! Además maravillaba observar la maestría y habilidad con que manejaban el material. Violet, que había asumido la dirección, daba indicaciones a Peony mientras

ella, con dedos delicados, modelaba las partes más bonitas. De hecho, no parecía que la figura fuese un producto de los niños, sino que creciera poco a poco de sus manos mientras jugaban y hablaban de ella como cotorras, lo cual tenía asombrada a la madre, y, a medida que observaba, la sorpresa iba en aumento.

—¡Qué increíbles son mis hijos!—pensó sonriendo de orgullo, y riéndose a la vez de ella misma por estar tan orgullosa—. ¿Qué otros críos habrían podido hacer una muñeca de nieve tan parecida a una niña, y al primer intento? En fin... voy a terminar la levita nueva de Peony, porque mañana llega el abuelo y quiero que el jovencito esté lo más guapo posible.

De modo que tomó la levita y pronto estuvo tan enfrascada en su labor como los dos niños en la muñeca de nieve. Pero mientras la aguja iba de aquí para allá por las costuras de la prenda, la madre amenizaba la pesada tarea escuchando las voces cantarinas de Violet y Peony. Charlaban sin parar, pero tan activas como las lenguas eran los pies y las manos. Aunque sólo por momentos lograba oírlos con claridad, tenía la agradable impresión de que estaban de un humor encantador, disfrutaban enormemente y la tarea de hacer la muñeca seguía viento en popa. Sin embargo, de tanto en tanto, cuando alzaban la voz, se los oía tan bien como si hubiesen hablado en la sala. ¡Qué delicioso era entonces el eco de esas palabras en su corazón, aunque nada tuvieran de sabio ni deslumbrante!

Pero han de saber ustedes que, puesto que una madre escucha más con el alma que con el oído, a menudo siente que acaricia sus oídos una música celestial mientras los demás no oyen nada.

—¡Peony, Peony!—llamó Violet a su hermano, que había ido al otro lado del jardín—. Tráeme de esa nieve fresca,

Peony, la del rincón que no hemos pisado. La necesito para el pecho de nuestra hermanita, ya sabes que la nieve de esa parte tiene que estar muy pura, ¡como cayó del cielo!

—¡Toma, Violet!—respondió Peony con ese tono brusco, pero tan dulce también, mientras se tambaleaba entre montones medio pisados—. Aquí tienes la nieve para el pecho. ¡Eh, Violet, qué gua-pí-si-ma está quedando!

—Sí—dijo Violet en voz baja y meditabunda—. Es preciosa nuestra hermana de nieve. Yo no sabía bien, Peony, si podríamos hacer una muchacha tan dulce.

La madre, que seguía escuchando, pensó cuán justo y encantador habría sido que del cielo bajaran hadas invisibles, o mejor ángeles del Paraíso, para jugar con sus hijos y ayudarlos a dar a la muñeca los rasgos de los querubines. Violet y Peony no habrían notado la presencia de esos compañeros inmortales; sólo habrían visto que la muñeca les iba saliendo hermosa y habrían pensado que todo lo hacían ellos.

—¡Si algún niño mortal merece tales compañeros son mis hijos!—se dijo, y su propio orgullo materno volvió a hacerla sonreír.

De todos modos, la idea capturó su imaginación y de tanto en tanto siguió echando una mirada al jardín, soñando a medias que veía a los rubios querubines del Paraíso jugando con su rubia Violet y su rozagante Peony.

Ahora, por momentos, se oía un rumor de dos voces atareadas y serias pero indistintas, como si los dos niños se hubieran fundido en un acuerdo feliz. Violet aún parecía ser el espíritu guía, mientras que Peony actuaba más como trabajador y le alcanzaba nieve de cerca y de lejos. Pero ¡evidentemente también el pilluelo entendía de qué iba el asunto!

—¡Peony, Peony!—gritó Violet, porque el hermano estaba de nuevo al otro lado—. Tráeme de esas guirnaldas de

nieve que hay en las ramas bajas del peral. Si te subes a aquel montón llegarás sin problemas. ¡Las necesito para hacerle unos rizos a nuestra hermana!

—Aquí tienes, Violet—contestó el pequeño—. Cuidado, no las rompas. ¡Bien hecho! ¡Bien hecho! ¡Qué lindos!

—¿No es preciosa?—dijo Violet muy satisfecha—. Lo que necesitamos ahora son unos trocitos de hielo para el brillo de los ojos. Todavía no está acabada. Mamá se dará cuenta de lo guapa que es, pero papá va a decir «¡Bah, dispartes! ¡Entrad que hace frío!».

—Llamemos a mamá para que la vea—dijo Peony, y gritó con fuerza—: ¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mira qué niña más guapa estamos haciendo!

La madre dejó un instante la labor y miró por la ventana. Pero como aquel día era el más corto del año, el sol estaba ya tan cerca del borde del mundo que el resplandor le dio oblicuamente a la mujer en los ojos; con lo cual, como comprenderán, quedó encandilada y no pudo ver claramente lo que había en el jardín. Con todo, a través del brillo cegador del sol y la nieve fresca, vislumbró una figura que parecía bastante humana. Y vio a Violet y Peony—la verdad, miraba más a los niños que a la muñeca—todavía ocupados en la obra, Peony acarreando nieve fresca y Violet aplicándola con la misma ciencia con que un escultor añade arcilla a su modelo. Aunque sólo distinguía vagamente la figura, la madre pensó que nunca había habido una muñeca de nieve hecha con tanto ingenio, ni pareja de niños más adorables que la hicieran.

—Lo hacen todo mejor que otros niños—dijo, complaciente—. ¡No es raro que sus muñecas de nieve sean las mejores!

Volvió a sentarse con la labor y se dio toda la prisa posible, pues de lo contrario la iba a sorprender la noche sin la